

Hombre y tiempo: de la evolución creadora al creador de la evolución

Michel Serres
Stanford University*

Anuncio en el siglo XIX, triunfo en el siglo XX

¿Hacia dónde va el saber? Hacia las ciencias humanas. En el siglo XIX, Augusto Comte y Renan profetizaron de este modo el futuro de la ciencia. Aunque luego las partículas hayan descompuesto el átomo, la astrofísica nos haya abierto al universo, y el código genético, universal, haya descifrado la vida, creo que la historia por venir retendrá el siglo XX, siglo de estas tres hazañas, como el fundador de múltiples disciplinas destinadas a responder a la pregunta: *¿qué es lo humano?* Desde muchos puntos de vista se recordará como el siglo de las llamadas “ciencias suaves”.

Estas ciencias triunfaron pasado el año 1950. La figura emblemática de Claude Lévi-Strauss, por ejemplo, dominó la universidad, la investigación, los medios de comunicación, la opinión pública. ¿Quién podía, quién puede aún hoy, responder a aquella pregunta, excepto la economía, la lingüística, la psicología, la sociología, la etnología, la antropología, más de veinte tipos de historia, desde la historia de las religiones hasta la de las mentalidades, en suma, las ciencias del hombre? No hay marcha atrás con respecto a esta conquista y a sus desarrollos.

Desde hace un tiempo, sin embargo, las disciplinas duras aportan nuevas luces al grupo de las ciencias suaves, mientras éste se estanca

333

* Texto de la conferencia dictada por Michel Serres en el Auditorio de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú, el 2 de junio de 2003.

un poco, se repite más y descubre menos. Los periódicos y las revistas no han cambiado de dirección desde la formación de sus redactores y repiten, porfiadamente, lo que se decía en la época en que estas ciencias sociales se imponían por completo. Para la opinión corriente, lo humano es aún exclusivamente histórico, social y cultural, económico y administrado; hablar de su “naturaleza” se considera un grave error.

Relevo en el siglo XXI

Ahora bien, en términos epistemológicos, la hominización es materia de preocupación, hoy tanto como en el pasado, por la diferenciada multiplicidad de culturas, usos y mitos; incluso se sospecha que ésta podría explicar aquella. La arborescencia temporal en la que se escalonan el *ergaster* y el *afarensis* precede y condiciona el buqué espacial en el que se dispersan el kwakiutl y el arapesh. ¿Podría, entonces, el origen, tan vilipendiado recientemente, aclarar lo diferente? En perspectiva institucional, el nuevo siglo intentó conectar el Museo de Historia Natural con el Museo del Hombre. Habíamos olvidado las sinapsis para describir mejor la conducta personal, así como a los bonobos para comprender mejor nuestras relaciones sociales.

Luego del descubrimiento de Lucy en el Valle del Rift, en Kenia, o del ascenso de la paleoantropología, la bioquímica y las ciencias cognitivas y neuronales –todas ellas, a su vez, nuevas–, nos vemos obligados a replantear la relación naturaleza-culturas vinculamos entre sí nuevamente dos ámbitos separados desde hace tiempo. El siglo XIX anunció a las ciencias humanas, nosotros las vimos desarrollarse en el siglo XX; el siglo XXI las reunirá con las ciencias duras. Acabo de escribir *Hominescence* y *L'Incandescent*¹ para delinear fluidamente los nudos de esta nueva red. Una meditación sobre el tiempo nos asegura esta conexión. Para inaugurarla, preguntémonos precisamente: ¿a qué llamamos naturaleza?

¹ Cf. Serres, Michel, *Hominescence*, París: Le Pommier, 2001; *L'Incandescent. Le Grand Récit*, París: Le Pommier, 2003.

El tiempo de naturaleza

Llamo “Gran Relato” a la enunciación de las circunstancias contingentes que emergen sucesivamente en el curso de una duración de dimensiones colosales, una narración que se inicia con el nacimiento del universo y continúa con su expansión, el enfriamiento de los planetas, la acreción del nuestro, la aparición de la vida sobre la Tierra, la evolución de los vivientes tal como la concibe el neodarwinismo, y la evolución del hombre, que nació en África y, recientemente, la abandonó para ocupar los otros continentes. En adelante bien documentado, este Relato, que constituye un punto de referencia para la cultura científica y que es globalmente verdadero si se tienen en cuenta los continuos reajustes a que es sometido por invenciones y descubrimientos tan contingentes como su propio flujo, un tal Relato articula, pues, las múltiples bifurcaciones en las que aparecen, en estado naciente, todos los fenómenos existentes, bien o mal conocidos.

Cuando el Relato nos impulsa a respetar una especie de diosa pastoral o cuando nos remite a la esencia de una noción, una cosa o un ser viviente, abandonamos, con razón, el término de “naturaleza”, pues estos dos sentidos, corrientes aún hoy, derivan de supersticiones e ideologías. Pero yo no tengo reserva alguna para utilizarlo en su sentido etimológico de *nacimiento*. “Naturaleza” designa lo que nace. Consideremos, entonces, el conjunto de bifurcaciones del Gran Relato que divergen hacia una emergencia, la de los planetas, la vida, las especies o el hombre. Nuestro cuerpo y su medio ambiente nacieron de algunos de estos surgimientos, cuyas fechas podemos señalar de modo bastante preciso.

¿Qué es entonces la naturaleza? La obra integral indefinida de las bifurcaciones que surgen del Gran Relato, incluso si no las conocemos ni las dominamos todas. “Naturaleza” se dice, casi tautológicamente, de la suma de estos nacimientos.

¿Qué es lo humano? Un subconjunto definido de estas bifurcaciones naturales. Esta *obra integral definida* proporciona una definición sana, sin sueños ni tabúes, de la naturaleza humana, así como fechas de nacimientos y maneras de nacer, incluso si no dominamos completamente todos sus procesos.

Evaluación de la duración “natural” y la duración “cultural”

El tiempo que estas duraciones necesitaron ha sido de millones de años, luego de los miles de millones requeridos por el universo físico, mientras que las culturas y *a fortiori* la historia datan de hace sólo algunos milenios. No podemos dejar de comparar esta idea de naturaleza, o los nacimientos que emergen de duraciones tan colosales, con el ínfimo espesor de nuestras civilizaciones. Ciertamente, no todo es cuestión de tiempo, pero, ¿estamos realmente en condiciones de evaluar su peso?

Me ha costado mucho tiempo llegar a intuir lo que significa una duración tan gigantesca. Los invito a meditar un momento sobre ello. En la época clásica, Pascal expresaba su estupor ante la inmensidad del espacio, que él llamaba “infinito”; nosotros, en cambio, nos sorprendemos hasta la extrañeza del espesor del tiempo y de los ritmos inconmensurables. *¿Qué es lo humano?* Una esperanza de vida individual que, recientemente y en escasos lugares, alcanzó de setenta a ochenta años de duración, sumergida en culturas colectivas que, a lo mejor, duraron algunos milenios, sumergidas ellas mismas en la evolución de una especie, el *homo sapiens*, que data de unos millones de años, sumergida ella misma en una duración viviente de cuatro mil millones, compuesta ella misma, en fin, de elementos forjados desde hace aproximadamente quince mil millones de años alrededor del nacimiento mismo del universo; *en suma, lo humano asocia pequeños fragmentos imperceptibles con una gran corriente de duración.* Sin embargo, a excepción del inicio, esta definición también puede aplicarse a las especies y a los individuos.

Si la duración de la que hablo nos la imaginamos como un gran año, nuestras culturas, nuestros idiomas y nuestras políticas se limitarían a algunas fracciones de su último segundo.

Si, en fin, me preguntan mi edad, puedo reconocer la de mi estado civil, pero también debo referir la edad de las diferentes capas de neuronas que constituyen mi cerebro, de las cuales algunas aparecieron con los llamados signos superiores, pero otras vienen de reptiles de eras anteriores; del mismo modo, mi ADN, compuesto a partir del de mis padres, tiene una estructura que se remonta a cuatro mil millones de años; en cuanto a los átomos que lo componen, su formación acompaña a la formación del mundo. Ahí hay de diez a quince mil millones de años.

Contada así, mi edad me une a todos los vivientes: el tiempo no me distingue de ellos.

¿Qué es lo humano?

¿Explica esta restricción por qué los filósofos dudan en definir lo humano? La etología encuentra casi siempre un animal, una planta, incluso una bacteria, dotados de la cualidad que se supone específica de nuestra especie. La idea de *los cinco sentidos* expresa con humor que hablar del *homo sapiens* excluye a la mayoría de los que, desprovistos de gusto, no buscan el sabor en los alimentos. A propósito de las nuevas tecnologías, la *hominiscencia* considera al hombre como carente de facultad. Esta derrota contemporánea nos impulsa a calificarlo como carente de propiedad. Antiguamente, la teología llamada apofántica hablaba de Dios diciendo lo que Él no era. Hoy la filosofía negativa o crítica se protege tras esta facilidad sin correr riesgos; frente a la cómoda desconstrucción, pensar sigue siendo difícil.

Por otro lado, causa hilaridad la evidente contradicción lógica entre la prohibición de dar definiciones y el tono patético que se expresa también frecuentemente en nuestros días en torno de la finitud. Pero hay que elegir: si lo humano padece de finitud, nada más cómodo que definir a un viviente tan cercado entre límites; si no, sin estas fronteras, lo consideraremos infinito. Si no sabemos cómo definirlo, debemos confesar que no hallamos ningún fin delante de él; a la inversa, si lloramos su finitud, debemos conocerla y dar una definición de ella. Aunque, al hacerlo, seguramente repetiremos la misma palabra.

Finalmente, lo humano cambia tan a menudo, y tanto, que siempre excede lo que se dice de él. ¿Qué queda, para el habitante contemporáneo de las metrópolis, del *homo sapiens* descrito por los paleontólogos? Dicho de otro modo: la orientación de un movimiento se ve mejor cuando éste cambia de rumbo; el sentido se muestra con el cambio de sentido. O también: en estos últimos cincuenta años ha ocurrido una transformación tan importante que no ha sido percibida por los observadores. ¿Cómo se ha metamorfoseado recientemente este animal metamórfico?

El tiempo contemporáneo de hominiscencia

En efecto, mientras las ciencias humanas triunfaban, lo humano se transformaba, al menos en un rincón de Occidente, por el impulso de factores más naturales que culturales.

El descubrimiento de la energía atómica o las diversas respuestas a la pregunta *¿qué es la materia?*, condujeron a la construcción de armas de destrucción masiva de tal magnitud que se renovó el terror de la muerte, que es propiamente nuestro. A los miedos individuales, a veces acompañados de una angustia cultural, se añadió una inquietud global cuando explotaron las bombas termonucleares. Cada uno de nosotros teme morir; muchas civilizaciones han desaparecido; Occidente mismo descende de culturas muertas; pero lo humano jamás estuvo en riesgo de extinción en un planeta en peligro, dos muertes globales reunidas por el genio y la voluntad de lo humano. No hay nada en la hominización que equivalga a esta trágica bifurcación.

Del mismo modo, diversas respuestas a la pregunta *¿qué es la vida?*, condujeron a mejoras tales de las condiciones de higiene y curación de enfermedades que nuestro cuerpo se metamorfoseó. Su tamaño, su esperanza de vida, su relación con el dolor y la salud se transformaron e, inmediatamente después, lo hicieron la procreación y la filiación mismas. Además de la relación con la muerte, han cambiado la existencia y el nacimiento.

Estas variaciones no han afectado solamente el fenotipo y acaso la familia de ciertos occidentales, sino también el paisaje circundante, pues otras respuestas a esta segunda pregunta condujeron a un cambio radical en la ganadería y la agricultura, y, en consecuencia, en el paisaje y la alimentación. Sobre este tema, la *hominiscencia* habla incluso de un fin del neolítico. Así, nuestra relación con el mundo se transformó al menos tanto como la relación que mantenemos con nuestro cuerpo. Y si, desde su inicio, el pastoreo y la labranza intentaron controlar la selección de plantas y animales, hoy las biotecnologías tratan de controlar la mutación. Ello ha reducido enormemente las escalas de tiempo a las que recurren las respuestas a la pregunta *¿qué es el universo?*, las cuales, en efecto, evalúan de otro modo estas respectivas duraciones, tanto de lo inerte como de lo viviente.

También la relación con los otros ha cambiado. La comunicación y sus tecnologías han abierto vías inéditas en el espacio y en un mismo instante, trayendo consigo nuevos lazos y una expansión inesperada de conocimientos. Cuando millones de interlocutores se vuelven fuentes de información, la sociedad en su conjunto se vuelve pedagógica. Queda aún por escribir la nueva epistemología de este saber multiplicado.

Ninguna de estas transformaciones: vida, dolor, muerte, nacimiento, mundo circundante, relaciones con los semejantes... fue resultado de circunstancias relativas al medio ambiente contra las cuales no hubiésemos podido hacer nada, como en la evolución en el sentido clásico del término. Al contrario, ellas provienen de procesos económicos, sociales, en última instancia, cognitivos: del entendimiento y la voluntad colectivos que llamamos saber, de sus aplicaciones técnicas, de sus ejecuciones colectivas; en suma, de las ciencias llamadas naturales.

El tiempo humano de desdiferenciación

Así pues, una parte de la humanidad ha cambiado tanto en medio siglo que ello conduce a pensar lo humano al menos como una capacidad de rápidas metamorfosis. ¿Se trata, nuevamente, de una especie que mantiene una relación original con el tiempo?

El cuerpo de todos los vivientes se transforma por los procesos evolutivos conocidos: mutación y selección, que permiten una especialización tal que el organismo así producido explota del mejor modo los recursos del respectivo nicho local del medio ambiente. La palabra *especie* repite el término *especialización*.

A la inversa, nuestros órganos se desespecializan. En comparación con la pezuña de los rumiantes, la tenaza del cangrejo o el tentáculo del pulpo, la mano, no especializada, termina haciendo todo: sujetar un martillo o un bisturí, conducir un arado o un helicóptero, tocar violín, acariciar, hacer señales... En comparación con los picos de los pájaros, el hocico del tiburón o el morro del perro, la boca, no especializada, termina haciendo todo: morder, ciertamente, pero también besar, silbar, hablar mil idiomas. Así, abandonamos los nichos especiales y nos abrimos al espacio global. En lugar de habitar una localidad, lo humano, desdiferenciado, incluso indiferente, incandescente en el sentido de mi úl-

timo libro, frecuenta el mundo, viaja a él y, de golpe, desbordando el presente inmediato, entra en un tiempo diferente. ¿Cuál?

Prácticas del tiempo

¿Nace el tiempo con la primera piedra que talla? Ciertamente, en seguida vuelve la primera restricción: algunos animales, los pájaros carpinteros, los bonobos, producen herramientas auténticas. Pero el tiempo interviene nuevamente. Sin dejar nunca de fabricarlas, nosotros no solamente acumulamos herramientas, sino que las entrecruzamos o emparejamos en un tejido móvil que induce una duración propia. ¿Cuál?

¿Qué es la técnica? Si debiésemos esperar que la evolución nos provea, por ejemplo, de apéndices bastante puntiagudos para picar o de un filo en la mano lo bastante fino para tallar, deberíamos, según las leyes de la selección y las mutaciones, contar, sin la seguridad de lograrlo, duraciones compatibles con la de la especie y la eliminación de innumerables semejantes desprovistos de tales ventajas. Así pues, cuando elaboramos, fuera de nuestro cuerpo, objetos que poseen estas ventajas, nos ahorramos, ante todo, la muerte que hubiese debido abatir, trágicamente, a inmensas poblaciones desadaptadas; y nos ahorramos también la inmensa duración que es difícil de evaluar según la emergencia al azar de mutantes y de su adaptación. ¿Qué es la técnica? Una economía formidable de la muerte y del tiempo.

Anunciemos, entonces, la simplicidad de este cálculo feliz a los precavidos que lloran los accidentes y temen los riesgos. Así es: remontando a marcha viva la enorme lentitud del Gran Relato, el tiempo de la técnica recupera, al menos virtualmente, las duraciones colosales que, sin ello, jamás podríamos compensar. Una herramienta condensa un tiempo inmenso.

340 Para dominar, pues, parte de nuestro voluble medio ambiente, entramos, impacientes, en la evolución, en el proceso de nacimiento, en el tiempo mismo de los vivientes: lo economizamos, provocamos en él un corto circuito. ¿Qué es una herramienta? Una proyección del tiempo colosal del Gran Relato en el fragmento infinitesimal de la invención práctica y del uso antes del desgaste; la herramienta concentra o repliega millones de años en meses. A este singular resultado, se añaden los

rendimientos análogos de tal o cual elaboración que aumenta un tanto más esta aceleración.

Y la aceleración se vuelve vertical en cuanto aparece el lenguaje articulado que, a su vez, permite la constitución de grandes sistemas técnicos. Díganme: ¿cuántas resedas ahorra la palabra flor? ¿Cuántas piedras talladas programan el término sílex? ¿Cuántas acciones, cosas y gestos designan un verbo, una palabra, una preposición? ¿Cuántas rondas se agrupan en círculo? ¿Cuánto tiempo vivido resume el tiempo enunciado? ¿Cuántos millones de años hemos considerado desde el inicio de este texto? Una página condensa un tiempo inmenso.

La domesticación procede del mismo modo. Si hubiese sido necesario esperar a que el teosinto se convierta en maíz, o el búfalo en buey... Un cordero condensa un tiempo inmenso.

Otro ejemplo: ¿por qué vestirse?

La evolución toma, ciertamente, un tiempo enorme para llegar, de modo contingente, al pico o a la tenaza, pero una vez adquiridos, estos órganos permanecen mucho tiempo. La evolución es paciente; la adaptación, igual de larga; pero, suponiendo que la necesidad de esta última desaparezca, es tan interminable como la insoportable fijeza. La herramienta, entonces, equivale a un órgano amovible. Para adaptarse, esta movilidad no vale nada. Disponer de un aparato consiste en dejarlo cuando la necesidad desaparece y en retomararlo a gusto, según la necesidad.

Un ejemplo: la opresión térmica impuesta por un pelaje permanente o variable, según las estaciones, impide, en razón del recalentamiento, correr a la caza durante mucho tiempo o viajar en los trópicos; oculto en el fondo de su melena, así duerme el león macho, esperando que la máquina se enfríe. ¿Cómo explicar el uso humano de vestirse? ¿La motivación viene de la nieve, del pudor sexual, del deseo de esconder debilidades o fealdades, del cuidado de la higiene? Qué importa, en vista de la vicisitud vertiginosa de estas causas mismas y de otras más: el clima varía, la lluvia disminuye o se hace abundante, las relaciones fluctúan, las conductas y los medios cambian. Entonces, antes que buscar una causa, es preferible considerar las variaciones en un abanico de múltiples dificultades. En efecto, uno se viste para poder desvestirse rápido, luego volver

a vestirse igualmente rápido, en suma, descubrimos la extraña ventaja del despojamiento; el despellejado puede cambiar de piel. En todas las circunstancias, la agilidad móvil y diversa de esta adaptabilidad lo lleva a una solución única y rígida. *La causa se vuelve la amovilidad.*

Subrayo con fuerza el razonamiento precedente. Para explicar, primero buscamos una causa a un efecto: por ejemplo, el vestido nace del frío. Enseguida, la hacemos variar; entonces, se dibuja una función según lo que llamamos la variable: según las estaciones, el pelaje es espeso o raso. Pero, en un tercer momento, considero la variación como tal, sea cual sea la causa o la cosa que varía: *el tiempo de esta variación se convierte en la causa misma. La variación requiere de la amovilidad.* Entonces, como la del vestido, la esencia de la técnica se resume en este juego, en el doble sentido de lo lúdico y de una ligera distancia entre elementos útiles, que permite que usemos vestidos, armas y herramientas por un breve tiempo, que los dejemos, los empleemos, en suma, que dispongamos de ellos. Este juego significa, entonces, tenerlos "a disposición". La disponibilidad se convierte en la esencia misma del uso. *En consecuencia, la técnica condensa y maneja tanto tiempos cortos como tiempos largos. ¿Qué es el uso técnico? Una disponibilidad. ¿Qué es el lenguaje? Una predisponibilidad.* Del mismo modo, el lenguaje, técnica informática, permite mil juegos entre signo y sentido.

Así podemos responder a un medio ambiente que siempre y por doquier varía rápidamente. A fuerza de experimentar la viva locuacidad de todas las cosas, *lo humano nació de adaptarse a las variaciones más que a las cosas mismas, al tiempo más que al espacio, al tiempo para adaptarse a las cosas del mundo espacial. ¿Cómo responder cuando todo fluctúa? Llenando una bolsa de recursos dispares que puedan servir ante cualquier eventualidad.* En términos darwinianos, esta bolsa se llama gestos del cuerpo, danzas y récords, destreza de manos artesanales... mejor aún, cerebro; expresando este stock de recursos dispares, su electroencefalograma, caprichoso como las variaciones del tiempo, tiembla caóticamente. En términos extradarwinianos, se llama técnica, revoltijo de herramientas de todo tipo, en reposo, listas para servir. Lo humano, entonces, construye y dispone de un tesoro enorme y creciente de respuestas a las variaciones eventuales, a los caprichos contingentes del tiempo. Estas contingencias se vuelven causas crónicas.

Así, la técnica proyecta millones de años en algunos cuantos. *Paradoja: el tiempo deviene la razón constante. ¿Qué es lo humano, sino un viviente cuyo devenir capta el devenir, largo y corto, al menos lo suficiente como para usarlo, si no dominarlo?*

Dominio

Se dice que la filosofía moderna comenzó con el precepto de Bacon: “dominar la naturaleza obedeciéndola”. Hasta un periodo reciente, esta naturaleza se limitaba a las cosas inertes locales y a las leyes de la física. Pero el término “naturaleza”, lo dije al comenzar, quiere decir “nacer”. Hace mucho tiempo que ganaderos y agricultores dominan a algunos vivientes y los hacen nacer; habiendo entrado, desde hace poco, en los procesos de la reproducción, comenzamos a hacer nacer especies y a hacernos nacer a nosotros mismos en un medio ambiente global que también nosotros suscitamos: la naturaleza toma, en este último caso, su tercer sentido, metereológico y mundial. En el viejo precepto, la naturaleza entra, entonces, al sentido del nacimiento de los vivientes y al sentido de la totalidad. Dominamos el nacimiento obedeciendo a sus variaciones, *disponiendo de su tiempo*.

Proyectando, así, una duración inmensamente larga sobre nuestra brevísima existencia, por las técnicas primero, el lenguaje después y, finalmente, hoy, por la proyección de la selección, la mutación y el medio ambiente, dominamos de modo creciente y racional los factores principales de una evolución contingente que, desde hace millones de años, se realizaba sin nosotros. *¿Qué es lo humano? Este formidable cortocircuito. Al menos, la capacidad de realizarlo*. Qué tontería pretender que no podemos hacer nada contra el tiempo.

Mejor aún, ¿qué es un río, una nube, una roca, una montaña, el mar, una estrella, qué es, en fin, una cosa natural, qué es un cuerpo viviente, qué es nuestro cuerpo viviente? Una caja, un pozo, un banco de tiempo; digamos la palabra: una memoria. Las ciencias contemporáneas han, incluso, aprendido a datarlos casi todos, capa por capa, detalle tras detalle. Antes de estas hazañas, acabo de decirlo, habíamos aprendido, al menos ciegamente, a imitar a la naturaleza desde este mismo punto de vista temporal; sabíamos entonces, de alguna manera, plegar,

esconder, conservar, gastar, envolver o desarrollar tiempo en un objeto, herramienta práctica o intelectual, martillo o página, y en un viviente (un toro o una oveja) aprendimos a reproducirlo, a hacer de él también una memoria. Al presentarnos la mutación, las biotecnologías siguen esta antigua tradición mediante procedimientos de una novedad fulgurante. Podemos manipular este tiempo otrora caprichoso. *Entrando en la memoria de una especie, hacemos nacer vivientes.* Condensar el tiempo colosal del Gran Relato en la brevedad de la innovación técnica equivale aquí, entonces, a *proyectar una memoria sobre un nacimiento.* Manipulamos la duración del mundo y el tiempo de la evolución, la especiación... ¿la hominización? Sí, de golpe y como a cambio, nos hacemos nacer a nosotros mismos. Entrando en nuestra memoria larga, penetramos nuestra naturaleza y hacemos nacer una cultura. *¿Qué es entonces lo humano? Un viviente en vía de autoevolución.*

En un siglo, la duración de Bergson ha descendido de la metafísica a la práctica y de la evolución creadora al creador de la evolución. Esto último pasaba por ser una fatalidad o, en todo caso, un destino; helo ahí en nuestras manos. Y racional, por añadidura. Sin duda, el *homo sapiens* tiene menos de razón que la evolución al azar, a la que termina forzando de modo programado. Nada más nuevo, en verdad; pero también nada más comúnmente humano, pues tenemos costumbre de hacer que nuestras ideas más abstractas conozcan una mesa de trabajo o un jergón, o de abstraerlas de nuestras manipulaciones; y nada más antiguo, puesto que hemos devenido humanos realizando este mismo gesto sobre la primera piedra. *¿Qué es la historia humana? El dominio relativo de un resumen de la evolución.*

Los estoicos de la Antigüedad distinguían entre las cosas que dependen de nosotros y las que no dependen de nosotros. Hemos aprendido, después, a volvernos amos y poseedores de la naturaleza, según el precepto de Descartes; en consecuencia, aprendimos a hacer crecer las cosas que dependen de nosotros y a hacer decrecer las que no dependen de nosotros. Llegados al máximo de esta eficacia, nos damos cuenta, en un tercer momento, de que dependemos, finalmente, de cosas que dependen de nosotros. En adelante, dependemos de una duración que depende de nosotros cada vez más. Aquí hemos retomado el ciclo autoproduktivo al que nos referimos más arriba, pero considerado desde la temporalidad pura.

Hoy como ayer, nacemos de hacer nacer. Por eso, he hablado al inicio de una cultura reconectada con la naturaleza. Nos planteamos, entonces, preguntas globales que conciernen nuestra influencia en un medio ambiente que tardó millones de años en constituirse, en el momento mismo en que nuestras biotecnologías, buscando dominar la mutación que, abandonada a sí misma, toma un tiempo imprevisible, hacen nacer vivientes que nos sorprenden. Esa es la razón por la que digo humano al único viviente que corre hacia la autoevolución, porque descubre, poco a poco, nuevas influencias sobre el nacimiento y la naturaleza, en suma, sobre el tiempo.

Lo que, de Kant a Sartre, llamábamos “autonomía personal” o “autocreación” pasa de la moral al destino y del individuo al mundo y a la humanidad.

El tiempo

Para aclarar esta autoevolución, regreso al tema del tiempo y replanteo lo siguiente: si esperásemos que la evolución, la que conocemos sin dominarla, llegue a dotarnos de un órgano que responda a tal o cual necesidad, tardaríamos duraciones colosales y entre millones de muertos por desadaptación. Desde que nos dedicamos a actividades técnicas, manipulamos tiempo sin imaginarlo. Fabricar una piedra que talla demanda algunos minutos en lugar de millones de años. Así se evalúan los objetos técnicos: por la duración que condensan. La actividad técnica reduce un tiempo inmenso, sin finalidad, a la breve duración de la intención inventiva, seguida de su regulación.

El mismo razonamiento se aplica a la agricultura y a la ganadería que marcó, en el neolítico, un momento decisivo de la hominización. Cuando aramos o protegemos a las bestias en las granjas, las extraemos de peligros mortales del medio natural. De cierta manera, las sacamos de la evolución. En lugar de esperar que algún día nos sirva la multiplicidad de caballos de carrera o de arado, de vacas adaptadas a muchos climas, la variedad inmensa de perros domésticos, más vale seleccionarlos nosotros mismos. Una vez más: plegamos un tiempo interminable en nuestras fulminantes decisiones.

De la piedra tallada a la invención de la escritura y la agricultura, de la ganadería a la revolución industrial, de la informática a las biotecnologías, la hominización procede del mismo modo, ciertamente refinándolo y multiplicándolo, pero invariante en esas variaciones. Si, como todo el resto de vivientes, hubiésemos esperado que nos broten alas, inciertamente: de Ícaro a la carabela, mejor volvernos constructores de aviones. Y si debemos esperar a que la evolución nos ofrezca bacterias amablemente colaboradoras, a modo de remedio: mejor clonar OGM. El *homo faber* condensa en un solo movimiento lo que la naturaleza tarda una paciencia infinita en hacer emerger sin quererlo. Reúne en instantes las posibilidades de duraciones gigantescas.

Esta intervención concentrada crea hoyos negros en los que se olvida la larga duración que economiza la acción presente. Cuando atravesamos el Pacífico a once mil metros de altitud, ¿qué necesidad tenemos de acordarnos que centenas de millones de años nos podrían haber dado alas? Virtualmente, esta memoria no nos concierne más. La historia se convierte en un pozo de olvido.

La historia

¿Qué hay de nuevo, desde entonces, en las biotecnologías que inquietan a los profetas de la desgracia? Ellas retoman el mismo pliegue, la misma reducción acompañada del mismo olvido, aunque en lugares diferentes. Economizándonos el tiempo de la selección, anulan la duración de las mutaciones. Antaño, estas operaciones se hacían sin finalidad, por el azar y la necesidad; nosotros las hemos reemplazado por nuestros proyectos más o menos racionales.

Desde que sabemos cuál es la extensión del Gran Relato, desde que podemos datar los elementos: medio interior, hemoglobina, etc., estamos en condiciones de evaluar, por primera vez, el alcance temporal de nuestras actividades técnicas. No podíamos hacerlo hace apenas unas semanas. Creíamos que las técnicas nos daban poder sobre las cosas del espacio; eso sigue siendo verdad, pero se vuelve un juicio superficial ante el milagro inmensamente improbable que realizan en el tiempo, bifurcación que guía la hominización aún en curso hoy en día.

Todo viviente tiene poder sobre las cosas del espacio; habita un nicho, sintetiza la clorofila, agita sus ramitas en la brisa, caza sus presas al galope, vuela en las nubes para recobrar playas ardientes –pero sigue sometido al tiempo, presente, inmediato, reproductivo, evolutivo, interminable. El homínido manipula tiempo desde que talla un sílex. Veo en este objeto una suerte de lupa que resume y reduce en su brevedad duraciones gigantescas y, en su uso, adaptaciones innumerables y fulminantes. *¿Qué es la historia? La evolución vista y reducida a través de la lupa técnica, inclusive invertida por ella y por ella metamorfoseada.*

Filosofía

Bergson y Heidegger distinguían el tiempo y el espacio de tal manera que las técnicas, sometidas al segundo, no tenían ninguna relación con el primero; lo extenso descende a la práctica, despreciada, el fenómeno vaga y la geometría se dice rígida, mientras que la duración, metafísica en uno, asciende a ontología en el otro. Aunque de manera menos augusta, pero más concreta y vital, comprendo esta disimetría y este privilegio que explica muchas cosas y a nosotros en particular. Desde su nacimiento, el homínido explota, en apariencia, el espacio *porque* invierte y pliega el tiempo de manera más profunda, más ciega y más eficaz. Mejor aún: se vuelve amo de las cosas sumergidas en el medio ambiente porque consigue este repliegue. Nos hemos convertido en los hombres que somos, dominando esta reducción: hemos surgido de este acto.

¿Qué es lo humano? Un cierto poder de manipular la duración. Un poder de reducir, en longitudes incomparables, el tiempo al tiempo mismo. Una autoridad adquirida sobre la formación de lo inerte, la evolución de los vivientes, la circulación de los signos, en una palabra: sobre su tiempo propiamente humano, onto y filogenético.

Que este antiguo destino de nuestras prácticas, recientemente reaparecido y presente en nuestra visión del mundo y del hombre, nos angustia o nos exalta, que plantea cuestiones de conducta o nos sitúa frente a responsabilidades inesperadas cuya amplitud hace sacudir hábitos y culturas, morales y religiones, políticas y filosofías tímidas, en suma: las ciencias humanas mismas, ¿quién puede negarlo? Nosotros

lo hicimos advenir, afrontémoslo. Mejor aún: nosotros nos hicimos advenir, afrontemos nuestra propia variación. *Homo causa sui*.

Pese a nuestra arrogancia formal, volvemos a aprender la vieja evidencia de que no podemos separar, ni en nosotros ni alrededor de nosotros, lo natural de lo cultural. Hoy está naciendo una cultura de descubrir los secretos del nacimiento; renace de esta naturaleza. Antigua y nueva, estable y fluctuante, esta simbiosis entre nuestra historia, la duración de la evolución y el tiempo del universo, funda lo que llamo, en términos jurídicos, el “contrato natural”.

(Traducido del francés por Mariana Chu, revisado por Miguel Giusti)